

vistos de cualquier circunstancia. Las catástrofes históricas, las vicisitudes políticas, las alzas y bajas de su vida pública, no consiguen destruirlos espiritualmente ni aminorar su fuerza de vida. Las reservas milenarias y profundas que hay en ellos, afloran en cada momento difícil de su historia, salvándolos del pesimismo y de la bancarrota. Por lo demás, el italiano, para su vida cotidiana, exige poco. No tiene grandes necesidades ni grandes ambiciones y le es más indispensable la atmósfera de ilusiones que le crea su imaginación ardiente que las condiciones de bienestar material necesarias a otros pueblos.

Así se explica, en parte, este despertar de optimismo a raíz de la sacudida moral y material de la guerra y a través de la crisis económica que envuelve a Europa.

La emigración italiana es, pues, la que ofrece magnífico campo para nuestra América del Sur. Raza sana, trabajadora y bellísima, se adapta singularmente a los países extranjeros en que vive, como lo vemos en Argentina. Por lo demás, Italia, super-poblada, ofrece por el momento perspectivas enormes, habiendo cerca de <sup>cuarenta</sup> millones de habitantes que desean partir a trabajar en América del Sur. Chile, si no quiere quedar muy atrás en la escala de las naciones latino-americanas, debe apurarse en enfrentar este problema de la inmigración que <sup>desde hace años</sup> ya se ha convertido en realidad dentro de países como Brasil, Argentina, Uruguay, etc. El tiempo apremia, si no queremos quedar al margen de todo progreso. El dinero que gaste el fisco en esta grandiosa empresa, será, a la vuelta de pocos años, devuelto con creces. Recordemos que Argentina debe gran parte de su grandeza a la alta visión de Carlos Pellegrini quien abrió anchas las puertas a las emigraciones italianas y españolas. Necesitamos trabajadores y especialistas, no intelectuales. América Latina está, hoy día, en condiciones de elegir lo que quiera y donde quiera. Europa no pide sino mandar gente. Pero no basta hacer venir emigrantes: es preciso seleccio-

narlos en su propio suelo y traerlo<sup>s</sup> con un trabajo determinado de antemano según las necesidades más urgentes. De otro modo, el emigrante no va donde se le requiere; y elige, por ejemplo, la ciudad en vez del campo convirtiéndose, a menudo, en parásito social. La necesidad, el hambre le aguzan el ingenio para descubrir pequeños trabajos que entorpecen la acción del hijo del país. Eso es lo que hay que evitar.

Sería preciso traer, además de especialistas industriales, agricultores que tengan un conocimiento especial de lo que necesita la zona en que se les dará trabajo. Hice la observación en Italia de que la región del Po, abunda en plantadores de arroz que desean emigrar. Si aquí, por ejemplo, se hiciera un censo industrial, preguntando a cada dueño de fábrica o de industria, qué clase de hombre necesita para el desarrollo de su trabajo, creo que se facilitaría mucho la solución de este problema. Tal industrial contestaría que requiere, digamos, cincuenta fundidores de cobre; tal otro, cien mecánicos; el de más allá, algunos técnicos en vidrio, etc. Y así se iría combinando y seleccionando. Sería necesario, además, crear tratados con los países que ofrecen emigrantes, pues no conviene el tratado individual que suele no cumplirse.

Después del censo de que hablo y del estudio a fondo de este proyecto, no sería difícil encontrar alguna persona que, interesada patrióticamente, fuera capaz de llevar a cabo este urgente y enorme plan/que, al llegar a un resultado práctico, levantaría a Chile hasta el primer plano de progreso entre las naciones de América Latina.

María Flora Yáñez.

Busca

Mercado

Domingo 2 Nov. 1952

